

TEORÍA ESPACIO - TIEMPO HISTÓRICO INDOAMERICANO*

VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE

Queda visto, al tenor de las tesis de Toynbee sobre las génesis de las civilizaciones, cómo ellas no deben sus orígenes, aisladamente, a determinadores geográficos o biológicos. Los retos a los que el hombre responde son *físicos y sociales*. Más, a despecho de presentarse, en ciertos casos, unos u otros predominantes, son siempre el resultado de la *interacción* de ambos.

Así, son retos físicos resaltantes: el de la desecación, en el surgimiento de las civilizaciones *Egipciaca* y *Sumérica*; el de la gran altitud en las cordilleras, y el de los desérticos litorales del Gran Océano, en el inicio de la *Civilización Andina*; las inundaciones y los extremos contrastes climáticos del invierno y del verano, en el origen de la *Civilización Sínica*; el mar, en el principio de la *Civilización Minoica*; y la agresiva floresta tropical en el advenimiento de las civilizaciones *Índica* y *Maya*.

* Tomado del libro V. R. Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la Historia*, Compañía Editora y Distribuidora de la Plata S. R. L. -Entre Ríos 1256-, Buenos Aires, Talleres Gráficos Lumen, Buenos Aires, Argentina, septiembre de 1957.

Empero, Toynbee enumera los retos prevalecientemente *sociales*: el desmembramiento de la *Sociedad Sumérica*, en la emergencia a las civilizaciones Hitita y Babilónica; la descomposición de la *Sociedad Minoica* en el nacimiento de la *Civilización Siríaca*, y la desintegración de ésta, en la fusión de las sociedades *Iránica y Árabe* que crea la *Civilización Islámica*; la caducidad de la *Sociedad Sínica*, en el origen de la *Civilización del Extremo Oriente* -cuerpo principal-; la disolución de la *Sociedad Índica* en el comienzo de la *Civilización Hindú*; y el colapso de la *Sociedad Helénica*, en la aparición de la *Cristiana Ortodoxa* o Bizantina.

Cuando ambos retos, el *físico* y el *social*, aparecen ostensiblemente simultáneos, Toynbee lo indica: la Civilización de Corea y el Japón confronta geográficamente un nuevo suelo, y a la vez, los contactos sociales con la del *Extremo Oriente*, de cuyo cuerpo principal se secesiona y trasplanta. Las *Civilizaciones Helénica, Yucateca y Mexicana*, responden también al *reto* de tierras indóciles y a la desintegración de las sociedades antecedentes que son, en diversos grados, sus paternas: la *Minoica* en el caso griego y la *Maya*, en los de Yucatán, México y Centroamérica. La *Civilización Ortodoxa Rusa*, escinde de la *Cristiana Oriental* o *Bizantina* y se enfrenta también a un nuevo espacio territorial, y a las relaciones en el cuerpo principal de la que se desprende. Y la *Civilización Cristiana Occidental*, responde asimismo al *reto físico* de otro escenario -el continental europeo-, y al *reto social* de la decadencia de la *Sociedad Helénica*. Más tarde, aquélla debía expandirse hacia los nuevos continentes del inventado Nuevo Mundo.

En todos los casos, el encuentro victorioso que genera una civilización vence, porfiada y duramente, condiciones adversas. El lema griego con que Toynbee blasona el segundo volumen de su obra es, a este respecto, una síntesis expresiva: lo bello es difícil. De suerte que, para el cabal cumplimiento del *reto-respuesta*, para la realización creatriz del *encuentro*, la realidad desfavorable del contorno físico o las reacciones frente al humano, o ambas, son indeficientes. Las civilizaciones son causadas siempre por factores múltiples.

Toynbee advierte, cómo puede frustrarse el *reto-respuesta*. Clasifica dos tipos de civilizaciones fallidas: las que "abortan" y las que se "detienen". De aquéllas presenta como ejemplos a la *Civilización Cristiana del Extremo Occidente*; a la *Civilización Cristiana del Extremo Oriente* y a la *Civilización Escandinava*: la primera surge en el "borde Céltico", principalmente en Irlanda, después del año 375 de nuestra era, cual una respuesta al *reto físico* del nuevo suelo, y al doble *reto social* de la desintegración de la *Sociedad Helénica* y al desarrollo de la *Sociedad Cristiana Occidental*. Pero el esfuerzo de los Celtas languidece ante la dominante influencia de ésta, y la creciente autoridad eclesiástica de Roma, entre los siglos V y VII. Y tras los destructores impactos de las invasiones vikingas, las cuales se repiten entre la novena y undécima centuria, Irlanda pasa a ser provincia de los dominios religiosos del entonces pujante cristianismo, y de los políticos ingleses, ya definitivamente, en el siglo XII.

La segunda civilización "abortada", en la nomenclatura toynbeana, emerge de las "crisálidas" o del cristianismo nestoriano, en la cuenca del Oxus-Jaxartes. Pero sucumbe cuando esta región es incorporada al Imperio Árabe, en el siglo VIII de nuestra era. Y, últimamente, la tercera de este grupo, es la *Civilización Escandinava*, cuyos movimientos expansivos, entre los siglos VIII y XI después de Cristo, sobrepasaron a los avances celtas. Más, "aborta", debido a la interposición de los paganos eslavos y a que fue aislada por la *Sociedad Cristiana Occidental*. Nacida en Islandia, la *Civilización Escandinava* comienza a extinguirse cuando los islandeses se convierten al cristianismo. Y después de haber fundado reinos en Rusia, Dinamarca y Noruega, éstos caen sucesivamente bajo la influencia de la *Civilización Cristiana*, que conquista y disloca a la *Sociedad Escandinava*, cuyos triunfos habían sido ya remarcables tanto en la literatura como en la política. Su primera empresa conquistadora ultramarina sobre Groenlandia, en los siglos X y XI -la cual llega a avanzar hasta el primer descubrimiento de América- pereció ante los entonces incontrastables rigores del contorno físico.

De las civilizaciones "detenidas", Toynbee enumera cinco: la *Polinesia*, que no obstante sus épicos periplos oceánicos, es

inmovilizada por el *reto* invencible del mar. La *Esquimal*, cuyos afortunados inventos prístinos -como el *kayak*, el arpón de pesca, el trineo de perros, la casa de nieve, y la utilización del aceite animal para combustible y de las pieles para materiales de indumentaria y construcción de tiendas -no alcanzan, ello no obstante, la victoria civilizadora frente al *reto del Artico*. La de los *Nómadas*, esencialmente "una sociedad sin historia", célebre por sus hazañas en la domesticación de animales, pero, como la *Esquimal*, una sociedad prisionera de los ciclos climáticos y de los de la vegetación, típicos de la estepa. La de los *Osmalines otomanos*, cuyo *reto-respuesta* es el del tránsito del nomadismo a su fijación en un escenario alienígena, en el cual debieron ejercer su dominio sobre comunidades casi indómitas, más que sobre los animales; y cuyo *tour de force* fue la severa organización de la comunidad otomana, a base de esclavos y del rígido mantenimiento de su imperio sobre un "ganado humano". Finalmente, la de los *Espartanos*, quienes enfrentan el *reto social del crecimiento* de su población en razón inversa del aumento de sus medios de subsistencia -en el siglo VIII a. de C.- lo cual determina su política de expansión. Pero cuyo espíritu militarista "mantiene cautivos a los conquistadores" y anula sus propias energías.

Puede, por tanto, inferirse que todo *reto-respuesta* creador de una civilización lleva implícito el logro de una forma de *condominio* entre el hombre y el espacio que le sirve de escenario, y una creciente predominancia sobre el contorno social que resiste, influye, pero al fin se somete al innovador impulso de la sociedad que surge. Aquel *condominio* determina en el grupo humano que ha respondido el *reto físico* la formación de una progresiva *conciencia de su Espacio*; la cual resulta de las acciones y reacciones entre el hombre y el medio en que se afina. Y esa conciencia del Espacio, cuya definición, perfeccionamiento y elevación puede ser más o menos acelerada, es inseparable en su desarrollo de una *conciencia del Tiempo*. Y aquí aparece la transposición al campo de la Filosofía de la Historia, de la teoría einsteniana del Espacio-Tiempo físico, o sea la del Espacio de cuatro dimensiones, de las cuales, la tempórea, viene a ser como la escala y diapasón de la velocidad variable de las recíprocas

influencias entre el hombre y la tierra en torno, impuestas al proceso de una civilización. Indesligable éste del escenario en que acontece, viene a ser, subjetiva y objetivamente, su *élan* dinámico y creador, su conciencia y su perspectiva.

Con palabras, hace ya años escritas, es intentable una reiteración a fin de elucidar: "Para que un Espacio-tiempo histórico devenga determinante en la dialéctica de la Historia, debe existir no sólo como escenario geográfico y pueblo que lo habite; no sólo como continente y contenido histórico en movimiento, sino como plena función vital de su conciencia social del acontecer de la Historia. En otras palabras, como la capacidad psicológica de un grupo social, para realizar su historia y para interpretarla desde su propia realidad".¹

A la presente definición de la conciencia social del Espacio - Tiempo Histórico conformada a partir de la aceptación del *reto físico* o *humano* y a su respuesta "victoriosa" podría añadirse un figurativo y esclarecedor paralelo, acaso no muy forzado, con los grados de evolución del lenguaje y su conciencia que Cassirer clasifica en tres etapas ascendentes -el onomatopéyico, el intuitivo y el conceptual- de las cuales "la primera corresponde a la simple expresión de lo sensible; la segunda a lo significado por Espacio, Tiempo y Número; y la tercera a las formas más eminentes y puras de relación".²

1 HAYA DE LA TORRE: *Espacio - Tiempo Histórico*, en "Cuadernos Americanos"; México, mayo-junio 1945. Véase mi libro con el mismo título; Lima, 1948, Cap. II, pp. 15 a 36, inclusive.

2 CASSIRER: *Philosophie der Symbolischen Formen*. I, Die Sprache; Berlín, 1923. Importa aquí recordar los siguientes conceptos de Lincoln Barnett -en su divulgación de las teorías de Einstein, acerca de las cuáles éste opinó que las "ideas centrales de la relatividad son presentadas extremadamente bien", cuando advierte que para Einstein "el espacio y el tiempo son formas de intuición que no pueden divorciarse de la conciencia, al igual que nuestros conceptos de color, forma y dimensión. El espacio no tiene realidad objetiva, excepto como un orden y arreglo de los objetos que nosotros percibimos en él. El tiempo no tiene existencia *independiente*, aparte de un orden de los acaecimientos por los cuales nosotros lo mensuramos". Lincoln Barnett: *The Universe and Dr. Einstein*. Ed. Mentor Book; New York, 3a. edición, 1952. Prefacio del doctor Albert Einstein, fechado en Princeton, 10 de septiembre de 1948, Cap. II, pp. 21-22.

Por cierto que Hegel -cuyo es aquel avizor y profundo postulado prefacial de su *Philosophie der Geschichte*: "La historia dicha de un pueblo comienza cuando este pueblo se eleva a su conciencia" -depara una descripción del origen y desenvolvimiento de la agricultura, que comienza con la fijación del hombre en un área espacial dada y determina el desenvolvimiento de sus conceptos del tiempo; la cual puede ser relativamente aplicable a la dinámica de los *retos-respuestas*, en función del surgimiento de la conciencia del Espacio - Tiempo Histórico:

"... establécese la agricultura, y con ella se fijan los derechos a la vida en común. El suelo fértil produce por sí mismo el tránsito a la agricultura de la cual surgen, inmediatamente la inteligencia y la previsión. La agricultura se rige por las estaciones del año. El cuidado del hombre no se reduce ya no se extiende a largos plazos. Es preciso inventar instrumentos, y así surge la sagacidad de las invenciones y el arte. Se establece la posesión y la propiedad y el derecho, y, con ello, la división de clases. La necesidad de instrumentos y de almacenes conduce a la vida sedentaria e implican la necesidad de atenerse a este suelo. Al formarse esta base, surgen los determinadores de la propiedad y del derecho. Y con ello se engendra la posibilidad de un gobierno general, y, esencialmente, del imperio de las leyes. Surgen en estos países grandes imperios, y aquí comienza la fundación de estados poderosos."³

La cita antecedente -sea esto subrayado al pasar- más parece del materialista Hegel y demuestra la poderosa autoridad del maestro negado sobre el discípulo heterodoxo. Pero ella es pertinente y válida para ilustrar lateralmente la tesis del Espacio - Tiempo Histórico. Por más que en su sipnosis Hegel abarque orbitalmente desde el inicio organizativo de las prístinas comunidades sedentarias hasta la culminación civilizadora de una plena conciencia espacio - temporal histórica. Empero en ella se reconocen los grados de su

3 *Lecciones de la Filosofía de la Historia Universal. Fundamentos Geográficos* (Cit. en el libro *Espacio - Tiempo Histórico*, por Haya de la Torre; Lima, 1948, Diálogo II).

progreso, desde la "simple expresión de lo sensible", con las palabras de Cassirer -primera respuesta a la "necesidad de atenerse al suelo", de la cita de Hegel- hasta las formas superiores de realización. No es, acaso aventurado, aquí parafrasear el dictamen hegeliano sobre el comienzo de la historia, al decir que ésta, en las civilizaciones, aparece cuando un pueblo se eleva a la conciencia íntegra de su Espacio - Tiempo. Vale decir, cuando sobrepasa sus relaciones primordiales con la tierra fecunda o reacia regidas por las estaciones del año y cuando desde estas nociones elementales y rutinarias de su dimensión espacio - temporal, características de todas las comunidades primitivas, puede realizar el tránsito hacia la situación dinámica de las civilizaciones impulsada por el despertar de aquella conciencia.

Al extinguirse ésta, al romperse su trama de relaciones, láxanse las civilizaciones y decaen: "el Espacio - Tiempo pierde su vínculo social consciente, los elementos humanos se dispersan y el determinante cultural se extingue. Quedan entonces los escenarios vacíos, aunque sobrevivan las razas y sus necesidades vegetativas; y desplázanse los *campos gravitacionales de la historia* a otros *campos* o sistemas de coordenadas, que adquieren conciencia histórica de su Espacio y su Tiempo hasta hacer de ella una expresión cultural predominante".⁴ Valedero es recordar aquí que Toynbee asigna a las sociedades la denominación de *campos inteligentes de la historia*.

Se ha dicho arriba que la tesis del Espacio- Tiempo Histórico, lo considera, cual el de la física, tanto subjetiva como objetivamente; tanto una conciencia como una perspectiva. Citado ya en otra parte, el pensador Ortega y Gasset, se expresa en adelantadas palabras de hace tres decenios sobre la Teoría de la Relatividad, e importa recordarlas ahora:

"La teoría de Einstein es una maravillosa justificación de la multiplicidad armónica de todos los puntos de vista. Amplíese esta

4 HAYA DE LA TORRE: *Espacio - Tiempo Histórico*, Lima, año 1948, p. 39.

idea a lo moral y a lo estético y se tendrá una nueva manera de sentir la historia y la vida. . . En lugar de tener por bárbaras las culturas no europeas, empezaremos a respetarlas como estilos de confrontamiento con el cosmos equivalente al nuestro. Hay una perspectiva china tan justificada como una perspectiva occidental".⁵

Y aquí nuestra reiteración: además de una "perspectiva china" -o dígase hindú o islámica, o americana- existe una *conciencia espacio - temporal - histórica*, de la cual aquella o aquellas perspectivas son sólo proyección de ángulos y modo de verlas. Y no sólo proyección de ángulos y modo de verlas. Y no solamente para tener en cuenta cómo se las ve desde el occidente, sino cómo ven ellas, desde su espacio - tiempo, a los occidentales.

Si los procesos de la historia son obviamente impensables sin precisas nociones de Espacio y Tiempo -no solamente porque la Geología y la Cronología son "los ojos" de la historia- ellas están esencialmente vinculadas a los nuevos valores que la ciencia contemporánea otorga a esos conceptos. Carrel, en el luminoso capítulo V del libro que lo hizo mundialmente famoso, puntualiza cómo "aunque distinto del Espacio, el Tiempo es inseparable de él, *tanto* en la superficie de la tierra como en el resto del universo; *tanto* para el biólogo como para el físico".⁶ Y Hebert Dingle precisa la distinción entre el absoluto Espacio y el absoluto Tiempo newtonianos, independientes el uno del otro, -cuya definición tuvo definitiva influencia en la filosofía de los siglos XVIII y XIX- y la teoría espacio - temporal relativista:

"Para Newton, el Espacio y el Tiempo fueron el escenario sobre el que se representaba el drama de las fuerzas y movimientos. Para Einstein el drama está mezclado y confundido con el escenario: el drama es el escenario".⁷

5 ORTEGA Y GASSET: *El tema de nuestro tiempo* (Cit. en el libro *Espacio - Tiempo Histórico*, por Haya de la Torre; *op. cit.* Diálogo II).

6 ALEX CARREL: *La incógnita del hombre*, Cap. "Tiempo, Interior, Fisiológico y Psicológico" Cap. V.

7 HERBERT DINGLE: *Science and Human Experience*, London, 1931 (Cit. en el libro *Espacio - Tiempo Histórico*, *op. cit.*, Diálogo I).

Ahora bien, en el drama histórico "del escenario" juegan las dobles categorías toynbeanas del obstáculo y del ataque; del contorno telúrico, del social, que *retan* y del grupo humano que *responden*; del suelo que desafía y de la sociedad en tránsito a la "situación dinámica de las civilizaciones", que vence o que retrocede, que domina o que perece. El drama epiloga así: o en la victoria del escenario que invencible detiene, o en el *happy end*, mucho menos frecuente, del hombre que responde al *reto del Espacio* y adquiere y eleva una conciencia de él. Mas este *reto - respuesta* es inseparable de la conciencia del Tiempo, su ritmo protagónico; elemental y lento más que estancado, en las oscuras sociedades primordiales, y acelerado, cuando las civilizaciones inician "la marcha de la historia".

Al completar esta sumaria presentación de la tesis del Espacio - Tiempo Histórico, y de lo que en ella es osada disidencia de la teoría toynbeana sobre el *élan* que impulsa el tránsito excepcional de las sociedades primitivas, relativamente estáticas, en la situación dinámica de las civilizaciones, justo es revelar como Toynbee ha demostrado que no son los determinadores económicos los omnipresentes en su génesis. El hecho, científicamente verificado, de contarse por centenares las comunidades pre-civilizadas y de no llegar a diez las que de ellas se han transformado en civilizaciones, es argumentalmente decisivo en favor del dictamen del ilustre historiólogo británico. Pues el contraste entre la imperiosa universalidad de las necesidades materiales, de las que ninguna sociedad está exenta, y la rareza de los casos en que aquellas aparecerían como causales de la existencia de una civilización, recusa, en este respecto, la vigencia de los ortodoxos deterministas del materialismo histórico.

Cabe, sí, reiterar que el Espacio - Tiempo Histórico no supone una aislada o exclusiva influencia geo-climática. Sobre ella escribió Hegel, pensando en Montesquieu, y quizás en Aristóteles,⁸ cierta irónica observación alusiva al "dulce cielo jónico que se dice haber

8 ARISTOTELES: *Política*.

producido a Homero", y que sigue siendo el mismo, "no obstante lo cual sólo ha salido un Homero del pueblo jónico".⁹ Tampoco es el Espacio - Tiempo -y esto ha sido demostrado asimismo- una variante de la circumscripata Geopolítica, más lejana aún de nuestra tesis. Pero ella no es ajena, y menos contradictoria, equiparada con las categorías *reto - respuesta* de Toynbee; aunque ensaye una nueva posición etiológica sobre las génesis de las civilizaciones: Reto, desafío, *challenge*, suscitan la raíz conceptual del *polémos* griego; acción y reacción, lucha, triunfo o derrota. Más en la contienda del hombre con su espacio geográfico, toda victoria sobre éste deviene un *condominio* creador, cuya afirmación resulta en una síntesis plástica de recíprocas influencias. Pues, mientras el hombre es desafiado y sujeto por fuerzas naturales circundantes aún poderosas, debe, para contrarrestarlas, descubrir y perfeccionar metodologías técnicas; "inventar instrumentos", según recalca Hegel. Y esta etapa primaria de invenciones no es únicamente imperativo al devenir de las sociedades civilizadas, inventoras de muchos instrumentos y quehaceres de utilidad básica en la vida del hombre. De suerte que, la diferencia entre la comparativa quietud de éstas y el dinamismo de aquéllas, distingue dos nociones disímiles del Espacio y del Tiempo, respectivas a la primitividad y a la civilización propiamente dicha. Pero es en ella que la conciencia del Espacio - Tiempo alcanza las formas más eminentes de la abstracción, y de esta suerte llegan los pueblos a los que hemos llamado "su uso de razón histórica".

Así, la conciencia social del Espacio-Tiempo Histórico evoluciona, se enriquece y depura, desde las formas principales que en conocida semántica didáctica se llaman de *adaptación al medio*, o vida vegetativa, de decurso sin mayores mudanzas, hasta las supremas expresiones de cultura y hegemonía; desde el inicio de las primerizas pugnas por el afincamiento de los grupos o tribus, en un espacio dado -embrionarios *retos - respuestas*, y balbuceantes intentos de *condominio* entre el hombre y el Espacio- hasta las cabales y expansivas

9 HEGEL: Ob. cit. Fundamentos Geográficos.

creaciones civilizadoras. Estas, pueden encumbrarse a la jerarquía de *Iglesias universales*, su etapa política cenital. Y pueden coexistir también con otras civilizaciones; siendo cada una de ellas distinguible por la índole peculiar de su conciencia espacio-temporal.

La historia de América, "muy antigua y muy moderna", presenta casos mayores de *retos-respuestas físicos y humanos* que son ostensivos paradigmas del proceso formativo de la conciencia del Espacio-Tiempo Histórico, logrado hasta sus más sobresalientes culminaciones civilizadoras. Toynbee clasifica a dos de las nuestras entre las *civilizaciones originales*, "sin parentesco anterior": la *Maya* y la *Andina*. La primera, responde al *reto geoclimático* de la lujuriosa floresta tropical. Y la segunda, al de la *altitud* -insuperada en el escenario de otra civilización- y al de los estériles desiertos costeros del Pacífico. La *Civilización Maya* culmina brillantemente, pero se desintegra con el derrumbe de su *Estado universal*, cuyo Primer Imperio irradió su dominación sobre gran parte de la Meso-América, y probablemente propagó influencias aún más lejanas. De su descomposición resultan la *Civilización Yucateca* y la *Civilización Mexicana*. Y ésta última es la única de las tres que hallan en pleno desarrollo los conquistadores occidentales europeos; pero -al tenor de la observación de Toynbee- antes de que ella llegara a instaurar su *Estado universal*, de supremacía azteca, llamado a ser nonato del Imperio de Centro América, que es suplantado por el Virreinato de la Nueva España.

Al sur, la *Civilización Andina* comprende todas las culturas antecedentes; los flancos cordillerantes del lado amazónico y de la costa oceánica, y evoluciona hasta conformar el *Estado universal* unitario del Imperio de los Incas. Su *encuentro* con la invasora *Civilización Cristiana Occidental* en el siglo XVI de nuestra era produce -al igual que en el caso de la *Sociedad Mexicana*- su colapso.

La *Civilización Maya* responde, pues, al *reto de la selva tórrida* que el hombre centroamericano vence hazañosamente, hasta que, según todas las conjeturas, la selva misma lo derrota en el epílogo

de su espléndida proeza cultural. La *Civilización Yucateca* responde al reto físico -tal se ha dicho- de las tierras calizas y de la misma selva, y al social, de la desintegración de la Sociedad "paterna". Y la Mexicana, expandida hacia la meseta de la Sierra Madre, responde al reto geográfico del nuevo y más elevado suelo, y al humano de las impertérritas sociedades anteriores en él establecidas. La Civilización Andina asienta sus más firmes bases en lo alto de la cordillera, y desde ella domina y absorbe a los reinos del litoral y funda un imperio de vasta amplitud longitudinal -desde Pasto hasta el Maule- limitado por el mar, al occidente, y por los bordes de la escarpa, en sus declives fronteros de la baja y cálida llanura amazónica.

Muy al norte de los dominios de la *Civilización Mexicana*, tierra arriba de los anchos desiertos sólo esporádicamente poblados, habitaban otros tipos de comunidades indígenas cuyos grupos corresponden a los tribales primitivos. La América septentrional, o el sector atlántico de ella a donde el europeo arriba, depara un escenario muy diferente de los comprendidos en los territorios de los reinos e imperios de México y los Andes. Y de estos contrapuestos caracteres entre los contornos geográficos y humanos que debieron confrontar los europeos al implantar sus colonias en cada una de las dos Américas se infiere una proposición complementaria de la tesis del Espacio - Tiempo Histórico.

Hegel, en un atisbo generalizador muy conocido, escribió que, mientras Norteamérica fue colonizada, Sur o Indoamérica, sólo fue *conquistada*.¹⁰ En lo que tal aserto tiene de verdadero, puede tomar su punto de partida un breve análisis de las diferencias entre las dos trayectorias invasoras de los europeos hacia el Nuevo Mundo, a la luz de la teoría de Toynbee sobre los *retos-respuestas*. A la cual va aquí sumada la aplicación de nuestra tesis.

El *reto físico* al que responden los colonizadores de la zona de Norteamérica, de la que debería impartirse después su acción

10 HEGEL: Ob. cit. Introducción.

civilizadora, *es el de la extensión*. La emigración inglesa, fundadora de lo que hoy son los Estados Unidos del Norte, navega hacia América en dirección perieca, sin salir de la zona hemisférica septentrional, y sin encontrar en el nuevo espacio geográfico al cual llegan violentas alteraciones del suelo y de clima. Tampoco chocan con poderosas organizaciones nativas político - sociales. "Ni en Virginia, ni en ninguna otra parte, fueron los ingleses a descubrir, conquistar o saquear sociedades indígenas ricas en raros tesoros, como los españoles habían encontrado en México o en el Perú".¹¹ *De la Vieja y alegre Inglaterra* -The Merry Old England- emproan los peregrinos puritanos hacia la Nueva, que es, topográfica y climáticamente, como una Inglaterra expandida. La población colonizadora se organiza por corporaciones o compañías comerciales, que, como la de Virginia -1606- "gozará de todas las Libertades, Garantías e Inmunidades", según Cédula Real; o, como la del "Mayflower Compact" -1620- formó "un Cuerpo político civil" a fin de hacer "justas e iguales leyes" para el gobierno de la Colonia, cuyos miembros deben usar "sus propias libertades".¹²

Así, la emigración anglo-sajona que va a Norteamérica -la cual, de 1600 a 1770, se calcula en 750 mil personas hábiles, cuyas "dos terceras partes tuvieron medios económicos para costearse el viaje y comenzar a trabajar, y la otra tercera fué formada por gentes pobres, pero con talento y destreza para el trabajo"-¹³ halla un vasto y fértil espacio. Apenas necesita adaptarse a él. No confronta mayores diferencias ni en el grado y momento de las estaciones, ni en los accidentes geográficos, ni en la visión del cielo y de sus constelaciones. De esta suerte, el problema primario y grandioso del colonizador de Norteamérica, es, imperativamente, la respuesta al *reto de la extensión*. Y su conciencia histórica, movida por una firme y rebelde fe religiosa, y por un profundo anhelo de libertad -al que el llano

11 CHARLES and MARY BEARD: *A basic History of the United States*, Cap. III.

12 BEARD: Ob. cit., Apéndice 1-2 y Cap. V.

13 BEARD: Ob. cit., Cap. III.

espacio terrígeno fue, en este caso, incitador y propicio- aflora desde los años iniciales del afincamiento de los anglo-sajones en las nuevas tierras de América, con claras ideas político-sociales de autogobierno, de independencia, de justicia. Y así aparece prontamente su conciencia social del *Espacio-Tiempo Histórico norteamericano*.

Esta conciencia espacio-temporal de las colectividades norteamericanas en Norteamérica, se manifiesta, ostensible, en una persistente y progresiva previsión de la *unidad territorial*, dentro de la disparidad, muchas veces extremada, de los grupos colonizadores. Ensanchar el espacio dominado, sin dislocarlo, es el verdadero "destino manifiesto" de su innovado sentido histórico. Y este propósito múltiple -¿su "sino" diría Spengler?- se cumple en períodos más o menos acelerados que son determinadores de su voluntarioso apresuramiento hacia la total independencia política, y de la sorprendente velocidad de su proceso civilizador. En él, la respuesta al reto de la geografía hace la historia, que es el "drama de su escenario". Este, es ubérrimo pero vasto, y su vastedad es el desafío telúrico al que el colonizador debe responder, si la historia ha de ser posible.

La colonización norteamericana se asienta, entonces, en las sólidas bases de la agricultura, de la industria forestal y en la minería. No la del oro que ha de ser descubierto mucho más tarde, sino la del hierro. Del cual envían ya su primer cargamento a Inglaterra en 1608 los pobladores de Virginia; donde comienza la explotación del tabaco y se inicia la sureña esclavitud de los negros. Pero, en Nueva Inglaterra y otras colonias vecinas -, en donde la esclavitud no prospera- el hierro se trabaja activamente antes de 1650, y la construcción de barcos para el comercio, vino a ser, consecuentemente, una de sus florecientes industrias mayores inmediatas.

La conquista ulterior del Oeste emprende la gran aventura de la moderna *conquest of distance* descrita por H. G. Wells en un libro

afamado.¹⁴ El caballo, la carreta tirada por bueyes, la barca velera, el bote y la balsa fluvial y lacustre, no bastan para el avance colonizador a través de desmedidos bosques, praderas y desiertos, en conflictos aquí y allá, con el terco rechazo de las pugnaces y dispersas tribus indias. *Ganar el Espacio abreviando el Tiempo* deviene, de esta suerte, una espontánea consigna colectiva de supervivencia, y de *condominio* del pueblo norteamericano con su solera geográfica. Él estimula, orienta y compele el rápido desarrollo de sus invenciones técnicas, y es el signo de su acelerada evolución; él inspira su pensamiento político director, desde que obliga la retirada de los incómodos vecinos, holandesas y francesas, hasta que duplica el área de su territorio, cuando compra a Napoleón la enorme y rica Luisiana. Y cuando obtiene de España la Florida. Mucho más tarde -1845, 1848, 1853- la expansión sobre México, debía aumentar en más de dos y medio millones de kilómetros cuadrados su anchura territorial,¹⁵ y consolidar la posesión de la fecunda California, y después, la compra de Alaska, a Rusia, sobre el otro océano. El pueblo -continente-norteamericano quedó, de esta suerte, delineado en sus ingentes ámbitos.

Empero, ganar el Espacio abreviando el Tiempo no significa solamente, en la acción civilizadora de Norteamérica, enseñorear el contorno terrígeno para mantener, inerte, una extensión *cuantitativa* -como en los grandes países asiáticos, o en Australia, Brasil, y en la Rusia de los zares "juntadores de tierras"- sino dinamizarla *cualitativamente* con presionante celeridad. Así define el pueblo norteamericano su *velocidad histórica* -su *Tempo*- como la *raison d'être* de su equilibrio racional, de su esfuerzo hegemónico. De aquí el creciente poder creador de su tecnología inventiva -o del superador perfeccionamiento y utilización de coetáneas invenciones europeas- caracterizado por una serie casi ininterrumpida de descubrimientos, destinados, directa o indirectamente, a la conquista de sus distancias

14 H. G. WELLS: *The Outline of Man's Work and Wealth*. Nueva York, 1933, pp. 105 - 34, Part. III.

15 JORGE TAMAYO: *Cuadernos Americanos*; México, julio-agosto, 1948. Artículo "Lo que perdimos y lo que nos queda", página 46.

y a hacer más rápido el módulo de su producción, de sus comunicaciones y, en general, de su manera de vivir; a los tempranos ensayos de aprovechamiento de la máquina de vapor, para impulsar barcos de río, telares, molinos, fundiciones, y a la primera patente de "máquina para hacer máquinas" de David Wilkinson -anteriores a 1800- sigue un período de extraordinarias victorias técnicas: el ferrocarril y la moderna navegación que aprovecha el invento de la hélice, desdeñado en Suecia; la mecanización de la siderurgia; las aplicaciones de la electricidad -telégrafo, teléfono, iluminación y fuerza motriz-; los canales, túneles, pistas, puentes y el ferry boat; el concreto y el acero aplicados a la colosal arquitectura vertical; el petróleo, el asfalto, el automóvil, el linotipo, las máquinas de escribir y calcular, de mezclar, lavar, enfriar, votar, etc. El cinematógrafo, la radio, la televisión, la energía atómica, etc. . . ¡todos inventos que son velocidad! A diferencia de las técnicas y metodologías lentas y preciosistas de otras civilizaciones -las artes y artesanías primorosas y pacientes, la arquitectura monumental de catedrales y castillos, tarea de siglos, en el despacioso desarrollo de Asia y Europa- el inquieto y voluntarioso espíritu norteamericano impone a su expresión cultural un alto grado de aceleración. Asentada en un Espacio gigante, el imperativo de la unidad dinámica de éste, apresura el proceso de su conformación y esfuerzo creador nacional: ese es el signo de su *Espacio-Tiempo histórico*.

Libertad individual, social, religiosa y política; unidad territorial fuerte y activamente vinculada -bajo el enfático y totalizante nombre de "América"-,¹⁶ son primarias expresiones de aquel "destino manifiesto" norteamericano -*E pluribus unum*- impulsor de su ruta galopante hacia la plena civilización. La acaudalada plutocracia, el "multi-millonario" de dólares, aparecen más tarde; y, frente a ellos, sus peculiares organizaciones obreras. Pero, primero existió el *hombre libre*, el ciudadano y la unidad social coherente, erigida sobre un democrático sistema de derechos. Los poderosos intereses

16 En la célebre *Royal Charter for the Virginia Corporation* del Rey Jacobo (James) I de Inglaterra -1606- se usa la palabra "América": ". . . at any place upon the said coast of Virginia or América".

económicos de los esclavistas del Sur, fueron abatidos por aquellos robustos principios de Libertad y Unidad que son su imperiosa tradición. Y la Guerra Civil, no solamente venció a los secesionistas con la bandera de un alto derecho humano, el de manumitir a los negros, sino, y acaso sobre todo, salvó al *pueblo-continente* norteamericano de la peligrosa división. En el ritmo acelerado del Espacio-Tiempo histórico norteamericano engrana su cinética vital: del trabajo básico se eleva a todas las manifestaciones de la conducta, de éstas al pensamiento, a la ciencia, a la filosofía pragmática que "define la verdad como un principio de acción".¹⁷ Y así, cuando el hombre de nuestra época, procedente de otra realidad espacio-temporal -europea, asiática o indoamericana- arriba a la de Norteamérica y se sumerge en ella, siente como que el tiempo *se le acorta*. Abreviarlo, es una imposición de la mente y acción colectivas. Y vale subrayar, a guisa de curiosa anotación al paso -porque nos atañe- que del idioma de sus más lentos y retrasados vecinos del Sur, los diccionarios y el uso popular norteamericanos han incorporado y hecho suya la palabra castellana e italiana, "pronto" y han recogido como peyorativo contraste irónico, el vocablo "mañana" para aludir a la dejadez y dilación latinas.

En la dimensión recreativa ocurre un fenómeno singularmente expresivo: el cinematógrafo, es cada vez más un intento de ganar y distraer la imaginación del espectador, impidiendo que ésta trabaje inútilmente. El cine norteamericano no permite escenas inactuales o ausentes, indeficientes en los teatros clásicos. Y viene a ser como la antítesis del teatro oriental, en que el espectador debe suponer mucho del acontecer a través de la trama. Y el cine humorístico, cómico -el admirable de Walt Disney y sus epígonos-, trata de adelantarse insólitamente a todo lo imaginario, en los reinos de lo posible y de lo imposible, afanoso de identificar su audaz fantasía con esa "ilógica lógica" de los sueños -para atenernos a una estricta locución

17 BRÉHIER: *Historia de la Filosofía*. Parte VII, Cap. XI, 2. Pragmatismo: Estudio sobre Emerson y James (Traduc. castellana), Buenos Aires.

freudiana-. En ella, se aúnan movimientos, dibujo, color, alacridad, música y absurdo, dentro de una nueva dimensión de intempestiva y jubilosa armonía. Y esta forma sublimada de ganar al Espacio y al Tiempo, abarca otros planos y en variadísimas formas a las metodologías norteamericanas de la difusión de la cultura: en su periodismo y su propaganda; en su pedagogía; en sus "business behaviour"; en sus "campus" universitarios, y en la abundancia de divulgación sintética de aquella innúmera producción de "micro-films", de ediciones enciclopédicas y "digests" que esquematizan y compactan todos los temas y se especializan en la sumaria condensación de cualquier materia: ciencia, arte, literatura, técnica, filosofía, sexo. . .

Esa *velocidad histórica* que tipifica la civilización norteamericana, lleva a pensar, ingenua y admirablemente, en un vigoroso "pueblo joven", en una "raza nueva". Empero, lo "nuevo" y lo "joven" en el hombre norteamericano resulta sólo del escenario y de la conciencia de su Espacio-Tiempo, indesligables de su energía e ímpetu civilizadores. Para verificarlo, recuérdese que el pueblo de los Estados Unidos está constituido por las razas más antiguas de Europa y Africa. Procede, su población blanca, de los senectos troncos indo-europeos; de las tantas veces seculares culturas del Viejo Mundo. De Inglaterra y demás países del "occidente" -y un poco de Africa y algo de Asia- fluye la sangre de esa nueva nación o "pueblo-continente", rebosante de juvenil vitalidad, en un traslado migratorio, reciente y cada día acrecentado. Pero en el nuevo Espacio, surge inseparable de él una innovada concepción dinámica del Tiempo, y ambas mueven una distinta y acelerada continuidad del ritmo social. Hace, solamente, unos 350 años que se inició aquel ininterrumpido proceso migratorio, y de ellos apenas son un poco más de cien, los de su masiva aceleración. Ello no obstante, en cualquier momento de ese lapso, en el siglo pasado o en éste, ayer u hoy, el hombre civilizado que va a formar parte de la comunidad norteamericana se identifica inmediatamente con el apresurado y resuelto paso de su vida. Y cuando vuelve los ojos hacia el Espacio-Tiempo de donde procede, lo compara, reducido y lento, desde el ángulo ensanchado de su nueva dimensión histórica.

En esta tesis -valga la insistencia- aquel rejuvenecimiento se explica por el despertar de una propia conciencia espacio-temporal, como determinante histórico. Empero, él puede producirse también sin que el pueblo o raza cambie de contorno geográfico. Y cuando éste acontece, el pueblo o la raza se dinamizan o alertan, se *rejuvenecen*, por una nueva visión consciente de su contorno y de sus posibilidades dentro de él. Tales mutaciones bruscas son como los "saltos cualitativos" de la dialéctica hegeliana. Raymond Aron, al afirmar que en el concepto de la historia "lo que es decisivo es la conciencia del pasado y la voluntad de definirse en función de él", reconoce, asimismo, cómo "en este sentido se comprende la fórmula de Hegel: verdaderamente históricas sólo son las comunidades que elaboran una ciencia de su devenir".¹⁸ Sí, mas ella es inseparable de una conciencia del Espacio-Tiempo que se define, que se activa, que se acelera; y que también puede atenuarse y extinguirse. El Islam y su movilización vertiginosa -en contraste con la coeva lentitud inicial del medioevo europeo- desarrolló una súbita conciencia de su Espacio-Tiempo histórico, y, por ella, del imperativo de su rauda expansión. Los primeros siglos de su impulso y predominio, del Indo al Atlántico, son, sin embargo, tan asombrosos, como su mora y detención posteriores; a pesar de subsistir el área geográfica originaria y la misma raza realizadora de tan magnífica hazaña cultural. También, sobre el viejo y enorme territorio ruso, la tarda raza eslava, ha podido convertirse en la amenazante "joven Rusia", por una renaciente conciencia de su Espacio-Tiempo Histórico, exaltada y pugnaz. Y los inminentes paradigmas de China e India, son asimismo probatorios de la recuperación acelerada de los ritmos de una conciencia espacio-temporal, otrora brillantemente manifiestos, y después perdidos.

18 RAYMOND ARON: *Introducción a la Filosofía de la Historia*. Traducción castellana. Buenos Aires, Losada, pp. 60-61. Pueden citarse aquí, asimismo, estas palabras de uno de los clásicos historiadores del Renacimiento, algunas subrayo: "El Renacimiento fue la liberación de la razón aprisionada en una cueva: el doble descubrimiento del mundo externo e interno". J. Addington Symonds: *Renaissance in Italy*. Vol. I, Cap. I, Italy.

El *drama del escenario* histórico es otro, muy diferente del de los colonizadores de Norteamérica, en las empresas conquistadoras de españoles y portugueses que ganaron la mayor parte del Nuevo Mundo.

Ellos -y esta consideración de orden geográfico es indesdeñable para una justa estimativa- debieron en su derrota exploradora cruzar diagonalmente hacia el Sur; pasar de una a otra latitud y enfrentar en la tierra incógnita *retos geoclimáticos* cuyo rigor fue desconocido para los anglo-sajones que llegaron a Nueva Inglaterra, y a la vez, responder a *retos del contorno social*, particularmente ante la resistencia aguerrida de viejas y populosas organizaciones nacionales; pues todo fue para los tercios aventureros ibéricos sorpresa y dificultad: las selvas, pampas y desiertos arduos, la encumbrada e irrespirable altitud, las extrañas constelaciones del cielo meridional, la fauna, la flora y el hombre.

Acaso por el confrontamiento de tales obstáculos, y porque además eran otros el espíritu, los móviles, el credo religioso y el país de origen de los ibéricos, parangonados con los de sus rivales colonizadores del Norte, el comportamiento y las proyecciones de aquellas dos épicas hazañas diverjen manifiestamente. El encuentro de la Civilización Occidental Cristiana con las sociedades de América, tiene, por tanto, fisonomías y resultados históricos desemejantes. Y aquél cuyo escenario abraza a las Antillas, México, Centro y Sud-América, depara múltiples e inconfundibles aspectos, referidos a las varias zonas geográficas y a los distintos grados de cultura de los grupos sociales oriundos. Que en estos aparecen comprendidas desde las comunidades de conformación más rudimentaria hasta las civilizaciones de ordenamiento más completo; como, en los climas y topografía, desde los bajos y húmedos territorios tropicales de bosques inextricables, hasta las altísimas, secas y frías mesetas cordilleranas.

Los sucesos descollantes de la conquista de Indoamérica son las sojuzgaciones -a causa de la superioridad de las armas- de los dos grandes imperios sobre cuyos ámbitos estableció España, desde la primera mitad del siglo XVI, sus virreinos mayores: México y el

Perú. Y en ellos, al igual que en las demás tierras sometidas al señorío ibérico, se instauró un régimen de trabajo basado en la total servidumbre de los pueblos vencidos. Por cuanto el objetivo principal de la empresa colonial, fue la busca y beneficio del oro y la plata, la economía agrícola, con la cual las sociedades americanas habían alcanzado logros extraordinarios, dejó de ser el fundamento de la producción del imperio advenedizo, y fue suplantada por una forma colonialista de régimen feudal y un centralizado mercantilismo artificioso cuya fuente de explotación era la minería de aquellos preciosos metales incesantemente exportados.

Se explica así -y éste es un resaltante ejemplo de la imprevisión española y de los grandes yerros de su improvisada y unilateral economía en América- que productos naturales, como el eficaz y único entonces fertilizante peruano llamado "guano de las islas", no fuera exportado a Europa durante el coloniaje, a pesar de haber sido conocido y profusamente utilizado por la eficiente técnica agraria de los Incas. Y cabe presumir que si, ya desde los siglos XVI ó XVII, España se hubiese adelantado previsoramente a transformar su agricultura y la europea con el monopolio y distribución de tan poderoso abono, no solamente habría producido una radical mudanza tecnológica de profundas consecuencias económicas, sino algo más: la influencia política española hubiera alcanzado una imperial solidez y pujanza de proporciones imprevisibles; a no dudarlo, mayores y menos efímeras que las que el oro y la plata le dieron. Esta "revolución" en el incremento de la agricultura europea, debió producirse mucho más tarde, en el siglo XIX, y ya después de la Independencia indoamericana -por obra de alemanes y británicos- cuando el guano fue considerado, con la electricidad y el vapor, una de las "maravillas" de la época. Bueno es advertir que muchos de los primeros cronistas de la Conquista de América -y bastaría mencionar al Inca Garcilaso de la Vega- describen detalladamente los métodos de fertilización conocidos de antiguo por los peruanos y revelan la gran importancia del guano y la celosa defensa gubernamental de las aves marinas que lo producen. Pero él no fue exportado a Europa, durante tres centurias, hasta después de la epocal

visita a América del sabio Alejandro Von Humboldt. Como tampoco, el molino del viento -en el siglo XVI una de las máquinas auxiliares del trabajo humano más necesarias- fue llevado a América.

Y es que sólo el hombre aborígen -y en las regiones tórridas el importado negro- fue el exclusivo y gratuito instrumento de labor. El colonizador ibérico no llegó a América para trabajar en la tierra o la mina con sus manos, sino a hacerla trabajar por millones de siervos y esclavos. Los "repartimientos" y las "encomiendas" de indios, que tipifican la modalidad feudal de la economía de la Colonia, causaron, según es sabido, cruentas luchas entre los conquistadores, a despecho de las ordenanzas reales que en favor de aquéllos se dictaron. En comarcas bajas y cálidas, como las del Caribe, donde fueron en pocos años exterminados los nativos, o donde faltaban brazos, como en las del Brasil, el negro reemplazó al indio o se sumó a él. Pero en las regiones altas, inhóspitas para el africano, el íncola de la montaña debió ser utilitariamente conservado. Minas ha habido y hay en América, y tal vez de las más ricas, donde por su altitud ningún otro hombre del mundo podría trabajar. Y este hecho explica cómo el indígena de las sierras resultara el más amparado por las Leyes de Indias, pues era insustituible para la labor en tales niveles.¹⁹

El autoritario régimen político-social impuesto en los virreinos, fue concorde con el económico. El absolutismo y el

19 Sobre los efectos de la altitud andina son ilustrativas las siguientes citas: Inca Garcilaso, *Comentarios Reales*, 2a. p., Lib., II, Caps. XXXV y XXXVI, con citas de Gómara y del P. Acosta, dice: "... la gente del Marqués (Pizarro) iba mareada y maltratada de las muchas nieves que había en la sierra y recibiera mucho daño. Y por ir tales el Marqués se volvió con el ejército de los llanos y Don Diego (Almagro) se fue al Cuzco". En el Lib. I de la 2a. parte, Cap. XXVIII, dice Garcilaso que, de Cajamarca al Cuzco: "Hernado de Soto y Pedro del Barco y los otros cuatro españoles iban en hombros de indios en sendas *hamacas*". Y en el Lib. II, en la 2a. parte, Cap. XIV, dice Garcilaso: "... el Marqués (Pizarro) tomó la parte sólo dende Truxillo. ... y corrió en hombros de indios las doscientas leguas que hay hasta el Cuzco". Garcilaso -quien describe el *soroche* de los españoles "que no pueden beber, ni comer, ni tenerse en pie, sino vomitando, si tienen qué"- dice también en el Lib. III de la 1a. parte de sus *Comentarios*, Cap. XIX, que era "prohibido, baxar los indios de la sierra a los llanos", refiriéndose a los peligros de la violenta transición de pasarlos "de tierra fría a tierra caliente, o al contrario, porque luego mueren". Para solventar esta interrogante puede tomarse como coyuntura el examen de la evolución americana a partir de su colonización y conquista en el Norte y en el Sur. Y poner mientes en la comprobación innegable, de que al arribar al Nuevo Mundo la Civilización Occidental, se asienta en él, pero influida por el contorno geográfico y humano, inicia, más o menos prontamente su individualización, diferenciándose de su carácter originario.

privilegio, la intolerancia religiosa regimentada por la Inquisición, consolidaron un rígido sistema de restricciones mantenido por la fuerza. Ninguna idea de libertad, ningún germen de gobierno local, pudieron prosperar en la América colonial ibérica. Las divisiones jurisdiccionales del gobierno y de la iglesia, muchas de ellas caprichosamente demarcadas, dejaron un legado de separatismos regionales que más tarde habrían de cohonestar los aislamientos nacionalistas, obstáculos mayores de la unificación de nuestros pueblos. Al revés de los colonizadores en Norteamérica, los de este lado del hemisferio, so pretexto de las grandes distancias, separaron en vez de juntar. La previsión española en este aspecto fue aún más limitada que la de los portugueses, quienes, en el Brasil, legaron la enseñanza de abarcar y allegar grandes áreas territoriales como base de ordenamiento y poder.

Al retomar la tesis de Toynbee, puede afirmarse que la respuesta a los *retos físicos y humanos* que el conquistador ibérico arrostra en América sólo fue parcial y se halla todavía en proceso hacia su cabal cumplimiento. Por consecuencia, el Espacio-Tiempo Histórico

En el curioso libro del siglo XVI: *Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias*, por el doctor Juan de Cárdenas -México, 1591- se alude a estos contrastes de altitud: ". . . no quiero dar más muestras y testimonio que ver esos llanos y tierras del Perú, las sierras por ser altas que con el gran frío sucede alardiarse y aún morirse los hombres y por el contrario en los valles se ahogan de calor" (Cap. III, foja 16, vuelta). En la guerra de la Independencia los problemas de la altitud fueron gravísimos para los ejércitos procedentes de tierras bajas que subieron a los Andes en persecución de los españoles. El general británico Miller, que luchó por el Perú, dice: "La dificultad o falta de respiración llamada en algunos sitios la *puna* y en otros el *soroche*, que se experimenta en aquella parte de los Andes, es tal, a veces que batallones enteros caían de repente en tierra como por encanto y habría sido matar a cuantos los componían obligarles a marchar antes de que se hubiesen descansado y se recobrasen algún tanto. En muchas ocasiones puede únicamente conservarse la vida, sangrando al paciente la sien". (Miller, *Memorias*, Vol. II, pp. 132 a 137). Bolívar escribía, desde las alturas andinas de Pallasca -Perú, el 3 de diciembre de 1823, a Santander: "En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman *soroche*, y sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a usted", etc. (Archivo Santander, tomo XI, p. 161). Como dato curioso vale anotar que la Batalla de Junín (a 4.000 metros) duró solamente cuarenta y cinco minutos; la de Ayacucho (a 3.495 metros) duró noventa minutos. Al describir "el Espacio y la Dominación de la Naturaleza", Louis Baudin, abre el primer capítulo de su más reciente libro acerca de los Incas, con estas palabras textuales: "En Amerique du Sud, il est impossible de parler de l'homme sans avoir d'abord évoqué la nature, car c'est elle a grande dominatrice, elle l'a été, elle le demeure. Rien n'est ici à notre échelle. Rivières, montagnes, forêts, tout est obstacle et hostilité. Dans le plan de la création de ce continent, l'homme ne semble pas être prévu: il est un accident". Louis Baudin: *Le Vie Quotidienne au Temps des Derniers Incas*. Librairie Hachette. Paris, 1955, Cap. I, p. 15.

indoamericano es aún hoy más objetivo que subjetivo; más una perspectiva que una conciencia social y unánime, propiamente dicha. Esta avanza hacia su definición con el ritmo desacordado peculiar de su desarrollo, en el cual aparecen diversas velocidades, aunque necesariamente converjan hacia su futura fusión y unidad.

Así, en Indoamérica coexisten, se yuxtaponen, todos los grados de la evolución de las sociedades; desde la primitividad en sus modalidades más elementales hasta las formas organizativas de vida civilizada de mayor progreso. En muchos casos, dentro de cada una de las circunscripciones políticas que dividen en veinte estados a la nación indoamericana, subsisten, en completa y perceptible escala, aquellos diversos estadios de conformación social. Y vale reiterar, aquí, que quien viaje desde la ciudad de México hacia sus más retardadas provincias indígenas, y más aún desde el Río de Janeiro, Buenos Aires, Lima, Bogotá, Caracas, La Paz hacia la cuenca amazónica, va, en retroceso, desde las urbes en que se concentran los modos de vida civilizada de nuestro siglo hacia los grupos tribales de existencia más incipiente. Como si a través de los caminos de la historia se llegara a los misterios de la pre-historia, pasando por cada una de las etapas intermedias.²⁰

Ello no obstante, y bajo tal disparidad espacio-temporal, subyace una profunda raíz de unidad. La geografía impone su formidable desafío, pero ella, que divide también una. Ciertamente es

20 Esta observación fue expuesta en mi libro *El Anti-imperialismo y el Apra*, México, 1928, 2a. edic., Santiago de Chile, 1936, Cap. IX, "Realidad económico social", que dice al respecto: "En indoamérica sobreviven los tres Estados que Engels adopta de la división de Morgan (Lewis Morgan: *Ancient Society*, parte I, pág. 12, 1a. ed.), Salvajismo, Barbarie y Civilización. El salvajismo en su estadio "medio y superior", incluyendo formas de canibalismo. Los tres Estados del barbarismo -y en los que incluiremos al semi-salvaje de las tribus más desarrolladas, capaces de cultivo incipiente, cerámica, etc.-, el comunismo primitivo, el colectivismo agrario organizado en grandes extensiones; los restos sociales de las civilizaciones autóctonas, el patriarcado y el feudalismo de tipo medioeval con todas sus características. Luego la civilización contemporánea, el industrialismo y el capitalismo. A cada una de estas etapas -representadas por capas raciales de millones de hombres -corresponden- -obvio anotarlo-, grados de mentalidad de índices proporcionales de cultura. Esta coexistencia de etapas podría perder su originalidad, su carácter distintivo, si comparamos América con Asia o África, en donde hoy existe un panorama social aparentemente semejante. Pero el volumen proporcional de representación demográfica de esas etapas, en cualquier otro continente, no alcanza como en Indoamérica el relativo equilibrio, y los violentos contrastes que descubrimos en ella. Además, ninguna escala tan completa de todas las etapas de la evolución humana como la que ofrece Indoamérica con sus agregados étnicos de

que el europeo y el criollo de ayer, y sus descendientes contemporáneos, lucharon y luchan por vencer el contorno físico y su victoria ha sido y es sólo comarcana, relativa. Mas con la montaña, la selva y el desierto invictos, queda todavía el hombre que allí vive, distanciado de los niveles promediales de la cultura moderna, aunque ya informado de ellos.

Sobre las cabezas de los salvajes semi-desnudos de los inmensos bosques amazónicos, apenas explorados por los misioneros de la civilización, pasan frecuentemente los aviones, de cuya existencia tienen pleno conocimiento aquellos seres primitivos que jamás han visto un carro tirado por un caballo o bueyes, un ferrocarril o un automóvil. Puede creerse por tanto que la obra grandiosa de relacionar, educar, e incorporar a aquellos hombres a los focos de la cultura, es lo hacedero; o, más todavía, que se halla ya en camino. Y sus vísperas parecen anunciarse en los prodigiosos hallazgos de la ciencia y de la tecnología de nuestra época, que ayudarán a vencer a la naturaleza en lo que ella tiene aún de incontrastable. Esta idea, recogida por nosotros de una opinión coloquial de Einstein, vale por un estimulante mensaje: "En las selvas impenetrables de su América, o en las tundras polares, la nueva energía atómica podrá realizar lo que no ha sido posible ni con el vapor, ni con la electricidad".²¹

La riqueza potencial de las tierras americanas aún inexplotadas; sus anchos, despoblados, pero propicios espacios; y la comprobada capacidad de adaptación del hombre indoamericano, aún del intocado o apenas atraído por la cultura, deparan garantía y esperanza a la posibilidad de un despertar de su conciencia histórica. Para su definición, importa considerar los extraños derroteros

inmigraciones sucesivas, de tan abundante mezcla con las razas blancas. Y si encontramos en la vasta extensión de nuestro continente este panorama de la evolución social, completo, preciso y compacto, es curioso anotar que en cada país, en la mayor parte de ellos, la encontramos reproducida en pequeño. Brasil o Ecuador, México o Perú, Colombia o Paraguay, nos ofrecerán dentro de sus fronteras un completo y vivo cuadro de la evolución de la sociedad humana a través de las edades" (Pp. 173/174).

21 Palabras de Einstein en una conversación conmigo en Princeton, marzo de 1947. - Haya de la Torre.

tempóreos en nuestro continente; el *encuentro* de sus dos pasados. Aquél, procedente de su génesis -tanto en su realidad física como en su contenido humano- y aquél proveniente del otro lado del mundo en las corrientes e influencias de la aquí implantada y dominante *Civilización Cristiana Occidental*.

En efecto, hay un pasado americano que arranca desde su formación telúrica y abraza en su misterio al origen del hombre americano, cuya coronación cultural, también pretérita quedó patentizada en aquellas ilustres civilizaciones extintas, incorporadas en el esquema de Toynbee a la jerarquía de las que hacen la historia. Mas, a medida que la tenaz investigación de arqueólogos y antropólogos verifica y avalúa su grandeza, van surgiendo en el oscuro trasfondo de su imprecisable procedencia atisbos de otras ignotas culturas antecesoras. Y ellos plantean al pertinaz hombre de ciencia grave e inquietantes cuestiones: ¿Son los llamados "salvajes" habitantes de las cuencas del Orinoco y el Amazonas, herederos lejanísimos de civilizaciones perdidas? ¿Cuál es el origen de los Mayas y de dónde arrancan sus portentosos hallazgos en el conocimiento de la astronomía y de las matemáticas? ¿Cuándo se produce el arribo y adaptación del hombre a las mayores altitudes del Ande hasta hacer de él "una variedad climático-psicológica de la raza humana"²² capaz de ser el creador de una civilización entre los tres mil y casi cinco mil metros sobre el nivel del mar? Estas y otros irrespondidos interrogantes que incitan las ruinas monumentales de pronto descubiertas; las inscripciones indescifrables, las muestras de arte asombroso; los quipus incaicos; los retos de San Agustín; de Chavin y Tiahuanacu, etc., nos dejan -tal el ilustre arqueólogo indio Julio Tello- "al borde de un océano jamás navegado, en cuyas orillas, quienes creemos avanzar más, apenas chapoteamos".

Aquel pasado indoamericano, se cruza en nuestra formante conciencia histórica con el otro caudaloso y fecundo de la *Civilización Occidental*. Y de esta confluencia va resultando uno de los gestores

22 Definición del doctor Carlos Monge, Director del Instituto Nacional de Biología Andina de Lima.

esenciales de nuestra definición espiritual, de nuestra psicología colectiva, hoy en su albor. Más, simultáneamente, aparecen nuevos determinadores de aquella conciencia espacio-temporal significados en las aportaciones culturales del presente americano: Lo que un inteligente escritor español, ha denominado los "primeros vagidos" de una definición artística de Indoamérica: el movimiento pictórico mexicano, "la poesía de Vallejo y de Gabriela Mistral". A los cuales podríanse añadir otros más.²³

Y aquí, para cerrar este libro, procede la formulación, acaso en aventurado reparo al pensamiento de Toynbee, de otra cuestión interpretativa de la Historia de América, ya como posible y orbital unidad de sus dos ámbitos espacio-temporales, el del Norte y el del Sur: ateniéndonos a la clasificación toynbeana de las civilizaciones, según su origen, se recordará, que así como la hay "sin parentesco anterior o posterior" -las solitarias Egipcia y Andina- otras son "paternas" de las que se denominan "filiales", "infra-filiales" y "supra-filiales". Pero, asimismo, hay civilizaciones que se individualizan por secesión de las que Toynbee denomina su "cuerpo principal". De esta suerte surge la Rusa Ortodoxa -que es una rama desgajada, y trasplantada a otro suelo, de la Cristiana o Bizantina- y de la Corea y el Japón, la cual escinde y se transfiere desde el tronco de la del Extremo Oriente, y emerge, autonómica, en las penínsulas e islas que le dan su nombre.

Al delimitar los extensos ámbitos de la *Civilización Cristiana Occidental*, Toynbee amplía sus confines hasta más allá del otro hemisferio llamado también "de occidente". Y así comprende a las Américas. Empero, en el breve análisis contenido en la segunda parte de este capítulo se puntualizan los caracteres del Espacio-Tiempo histórico norteamericano, su tipología propia, y, sobre todo, su ritmo impar. Habida cuenta de todo ello, la cuestión terminal de este ensayo se apoya en el planteamiento de Toynbee sobre las civilizaciones que aparecen por desprendimiento de las que son su "cuerpo principal". Y al considerar comparables los orígenes de la

23 PEDRO LAIN ENTRALGO: *Viaje a Sudamérica*, Madrid, año 1947

Rusia Ortodoxa y de la de Corea y el Japón, interrogamos: ¿No sería similar el advenimiento de una *Civilización Americana* como rama en proceso de separación, de la *Cristiana Occidental*?

Reiteradas y recalçadas las palabras en proceso de separación sería intempestiva y esclarecedora una referencia previa atinente al nombre y significado del probable hecho histórico que aquí se cuestiona: *Civilización Americana o Novomúndica, que no norteamericana o estadounidense*; exenta de los colores, aspectos y circunstanciales condiciones políticas y económicas presentes -las cuales en las perspectivas de la historia resultan transitorias- y proyectada como anuncio o promesa del futuro.

Para solventar este interrogante puede tomarse como coyuntura el examen de la evolución americana a partir de su colonización y conquista en el Norte y en el Sur. Y poner mientes en la comprobación innegable, de que al arribar al Nuevo Mundo la *Civilización Occidental*, se asienta en él, pero influida por el contorno geográfico y humano, inicia, más o menos prontamente su individualización, diferenciándose de su carácter originario.

Además, a la objeción probable contenida en el consabido argumento de las religiones y los idiomas, considerados como vínculos poderosos entre Europa y las Américas, podría responderse que ellos suelen subsistir por largos lapsos entre sociedades que se escinden. Así, el catolicismo ortodoxo sigue vinculado a griegos y rusos, a pesar del separatismo formal de sus cleros, y el budismo, como fe troncal, une a las dos ramas bifurcadas de las civilizaciones del Extremo Oriente. Por otra parte, si se arguye que las lenguas indoeuropeas predominantes en América se mantienen unitarias, no obstante sus notorias disimilitudes de acento, modismos y giros, de nuevo procede preguntar: ¿No tienen mayor fortaleza que aquellos nexos, y que el de las razas mismas -por innúmeras mezclas ya en curso de particularización en las Américas, y más al Sur que al Norte- los del ritmo vital y los preponderantes influjos del ambiente; vale decir, la conciencia, ya en formación, ya en plenitud, del Espacio-Tiempo, móvil del drama de nuestro escenario que es el de nuestra historia?

Se han descrito aquí algunas manifestaciones de la conciencia espacio-temporal norteamericana, de su rápido compás de vida y de trabajo, de su ínsita capacidad creadora, activista y veloz. Y se le ha comparado con el más lento decurso de la civilización europea. Trasladado el paralelo a Indoamérica, ¿no hallaremos mayores similitudes entre el ritmo europeo y el nuestro? La respuesta es afirmativa. Pero dudamos que resista a la lógica de aquella otra que demanda, si tal parangón ha de resultar siempre inmutablemente el mismo. Signos evidentes hay de una notable y progresiva mudanza en metodologías y hábitos a lo largo de Indoamérica. Y aunque pueda calificarse esta realidad, como efecto de la irradiante velocidad civilizadora norteamericana, es de todos modos paladina. De donde proviene una duda más grave todavía, acerca de nuestra fatal *norteamericanización*, sintetizada en la memorable y melancólica pregunta del poeta: "¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?".

Mas, allende todo lo que precedero o cambiante en los prolongados derroteros de la historia -sistemas económicos, regímenes políticos, prevalencias militares, imperialismos, etc.-, y sin dejar de reconocer la relativa validez de las más temibles conjeturas, es posible pensar un poco filosóficamente, con menos pesimismo: las presionantes influencias culturales tienen un sentido y un radio más profundos. Y si Indoamérica, aún dividida y desorientada, sólo está en vías de lograr la coordinación de sus fuerzas espirituales conformantes de una personalidad colectiva, el aumento incesante de su población -comparativamente mucho mayor que el de Norteamérica-, y la creciente fusión de sus elementos étnicos componentes, anunciadora de lo que en concepto feliz ha llamado José Vasconcelos "la raza cósmica", autorizan el intento de otros pronósticos. No es desdeñable que, póngase como ejemplo, en aquellos ya definidos testimonios de nuestros valores estético-sociales-folklore, música y danza populares, estilizaciones de nuestro pasado artístico, o en las superiores creaciones del renovador movimiento pictórico indoamericano comenzando en México- sean evidentes ya las corrientes de influencia proyectadas desde nuestros ámbitos hacia Norteamérica. Ni puede olvidarse que ambas Américas, a diferencia de la super-poblada

Europa, cuyo poderío siempre se alimentó de los necesitados recursos del colonialismo, el vasto y ubérrimo espacio geográfico es la aún vacía tierra prometida de centenares de millones de hombres por venir. Los de hoy, a uno y otro lado de nuestros presentes linderos culturales, sólo seremos los precursores distantes de aquel mundo de veras nuevo y para nosotros insospechado.

¿Podría transponerse, al fin, nuestra conocida fórmula deducida de la contingente realidad económica y política inter-americana, de estos días, a los campos diuturnos de la filosofía de la historia, y repetir que "los Estados Unidos necesitan tanto de la Indoamérica como ésta de ellos?". Aceptada como categoría de premisa, esa recíproca necesidad de relaciones, y elevada a la jerarquía cultural, inalienable para la génesis de una nueva civilización, no es incongruente considerar los decisivos factores distinguibles de una y otra aportación de las Américas. Ni lo es, aseverar, que la predominancia tecnológica, positiva, material, del gigante y veloz *tour de force* civilizador norteamericano es insuficiente para producir lo que Toynbee llama "el milagro" de una sociedad nueva, autónoma, enteriza, universal. Las esencias que a ella le faltan se hallan fuera de su dimensión y aparecen tangibles en la nuestra.²⁴ La *Civilización Americana* o *Novomúndica*, si ha de ser, deberá conjuncionar en su poder creador los profundos valores conceptuales del "pronto" y del "mañana" -acción y laxitud, celeridad y reposo- pero también, las hondas raíces del "ayer". Deberá columbrar y enfrentarse a las cimas del futuro, sin dejar de atender a las múltiples vertientes del pasado que nutren de savias eternas las "mutaciones bruscas" de la "dinámica de las civilizaciones".

Y así, el interrogante y la esperanza quedan en pie.

24 Toynbee, en el segundo volumen de su obra, *A Study of History, The Genesis of Civilization - The Challenge of Environment: (5) The Stimulus of Penalizations*, - analiza el caso del negro en Norteamérica, quien ha debido confrontar el estímulo de dos penalidades: la esclavitud legal y la discriminación racial, y dice que él parece responder a esos tremendos desafíos con una respuesta religiosa. Y, es posible, que el negro -que ha encontrado en América nuevos valores del cristianismo para su consuelo-, realice el más grande "milagro" de pasar "de la muerte a la vida". Además, que es probable así, que el cristianismo pueda devenir la fe viva de una civilización moribunda, por segunda vez. Si este "milagro" fuera realizado por una iglesia negro-americana, sería la más dinámica respuesta al desafío de la penalidad social que hasta ahora haya cumplido el hombre.